UNA ANTIGUA CASA DE CAMPO

POR

MANUEL ROMERO DE TERREROS

ES cosa bien sabida que, durante el virreinato, acostumbraban los grandes señores tener *casas de campo,* o *de placer,* en Tacubaya, San Angel o San Agustín de las Cuevas, a donde se retiraban periódicamente a veranear, o "mudar temperamento", y en donde se divertían a más y mejor con inocentes giras campestres, o con no tan inocentes partidas de juego, en que las onzas de oro cambiaban de mano con extraordinaria rapidez y en gran cuantía.

En la Villa de San Agustín de las Cuevas, que hoy llamamos Tlalpan, había magníficas residencias, cuya mayoría desgraciadamente han desaparecido; mientras que las pocas que quedan, han sido modificadas a tal grado, que no las reconocería... el arquitecto que las construyó. Entre éstas, pueden citarse la que fué del Conde de San Bartolomé de Xala, la que perteneció al segundo Conde de Regla, convertida hoy en triste cuartel, y la famosa del Marqués de Vivanco, que durante muchos años quedó destruída y su huerta y jardín abandonados, hasta hace poco, que éstos han sido remozados y reconstruída en parte la antigua mansión.

Pero existe todavía, aunque deteriorada y desprovista de su antaño extensa huerta, una muy interesante *casa de placer,* situada en el crucero de las calles de Hidalgo y Matamoros, y llamada por algunos la "Casa Chata".

No conocemos su historia, pero sí nos resistimos a creer que haya sido jamás "Comisariato de la Inquisición", como han supuesto algunos, por el

solo hecho de estar situada la puerta principal en esquina cortada, como en el antiguo palacio del Santo Oficio, en México, hoy Escuela Nacional de Medicina.

La casa que nos ocupa es de un solo piso, pero gran parte del ala sur fué derribada, al construírse la nueva carretera a Cuernavaca. Su exterior presenta los elementos característicos de las fachadas del siglo XVIII, en la rejería de sus ventanas, en el perfil y las canales de su azotea y, principalmente, en la portada barroca de la esquina; aunque salta a la vista que la puerta de casetones, que hoy cierra este zaguán, no es más que una reciente adaptación —a nuestro juicio, no del todo feliz— de una antigua puerta de iglesia.

El patio principal es tan original como interesante: lo que llama desde luego la atención del visitante, es el corredor en el costado sur, compuesto de tres arcos y medio, si se nos permite llamar así al segmento, que remata sobre la clave de otro gran arco escarzano, de no menos de seis metros de claro, que se desarrolla en sentido paralelo a la puerta de entrada de la esquina, y forma así un originalísimo zaguán.

El efecto que producen estos arcos, recuerda, a primera vista, el de los llamados "arcos colgantes" de la Escuela de Medicina, cosa que quizás haya influído también en la mente de la persona que supuso que esta casa perteneció al temido Tribunal del Santo Oficio.

En los otros tres lados del patio, se abren las puertas y ventanas de diversas estancias, con típica prolongación de jambas, que encuadran tableros de arabescos de argamasa, y rematan en ligera cornisa.

Las habitaciones de esta casa son notables, por sus grandes dimensiones y la altura de sus techos, así como por el adorno interior de puertas y ventanas, cuyos capialzados son graciosamente conquiformes.

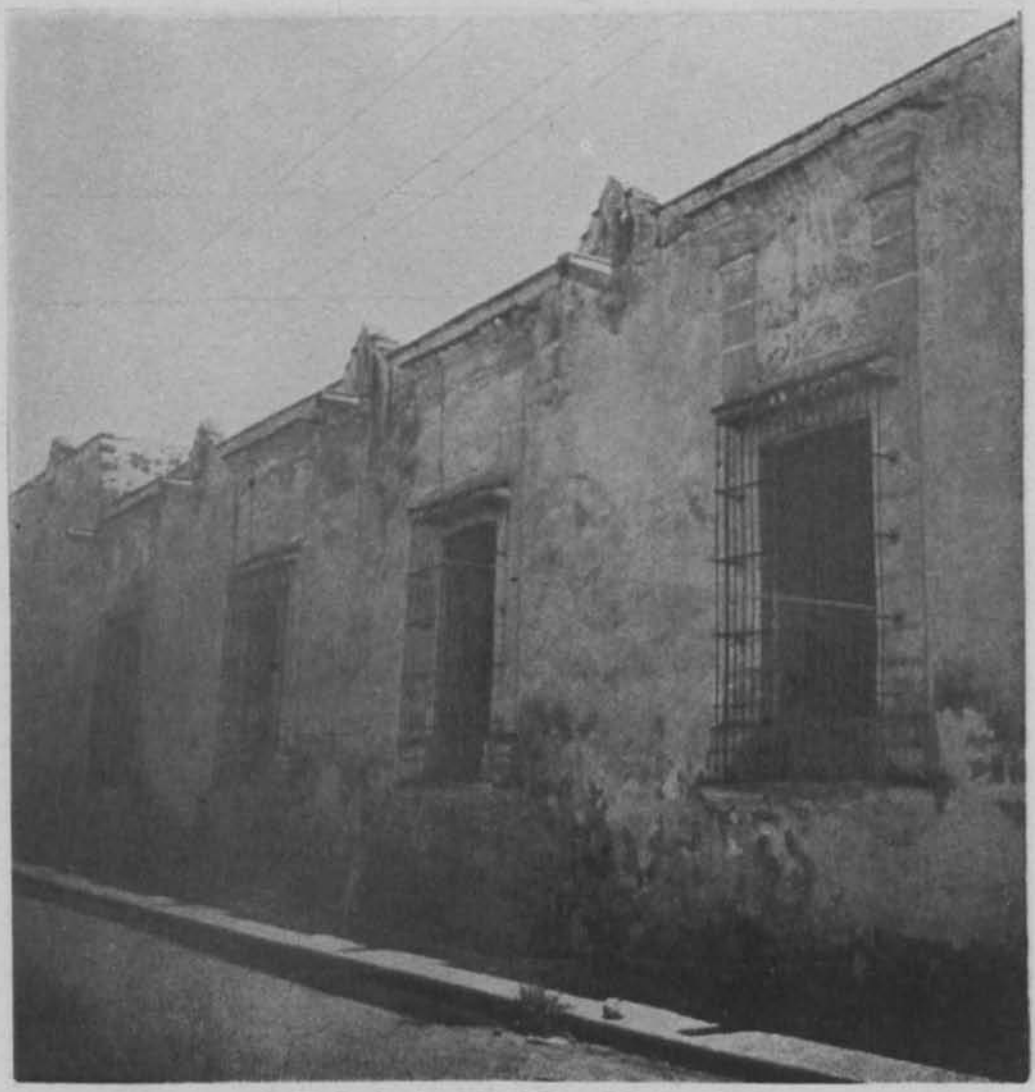
Muy graciosa es la portada de la antigua capilla: debido a las variadas curvas de su dintel, presenta un aspecto marcadamente mudéjar. Se abre en un costado del ángulo posterior de la casa, formado por dos crujías de habitaciones, en donde se encuentra la terraza, típica de los jardínes virreinales, que en otra ocasión hemos comparado con el "estrado" de los salones citadinos, porque allí solían recibir los dueños de la casa a sus visitas, hacer música y saborear la merienda.

Estas terrazas, fueran en cuadro u ochavadas, se adornaban generalmente con fuentes, arriates, bancos o poyos de piedra y demás, y estaban cercadas por pequeña barda de caprichoso perfil, con pilastras, de trecho en trecho, que sostenían macetas con vistosas flores. El pretil de la te-

rraza de la casa de Tlalpan, se engalana con variados arabescos, y graciosas figuras de argamasa dentro de nichos, que le dan mucha vida y constituyen muy original adorno.

Esta parte de la casa ha sido muy atinadamente restaurada, y si se pone igual diligencia en la conservación y adaptación del resto del edificio, merecerá el mayor aplauso; y entonces esta antigua *casa de placer* podrá y deberá aprovecharse, para albergar un museo de mobiliario civil, indumentaria y retratos de la época colonial, que resultará en alto grado valioso e interesante.

1. Puerta de entrada. (Foto Dir. Mon. Col.)



2. Fachada lateral. (Foto M. R. de T.)

3. Arcadas del patio. (Foto M. R. de T.)

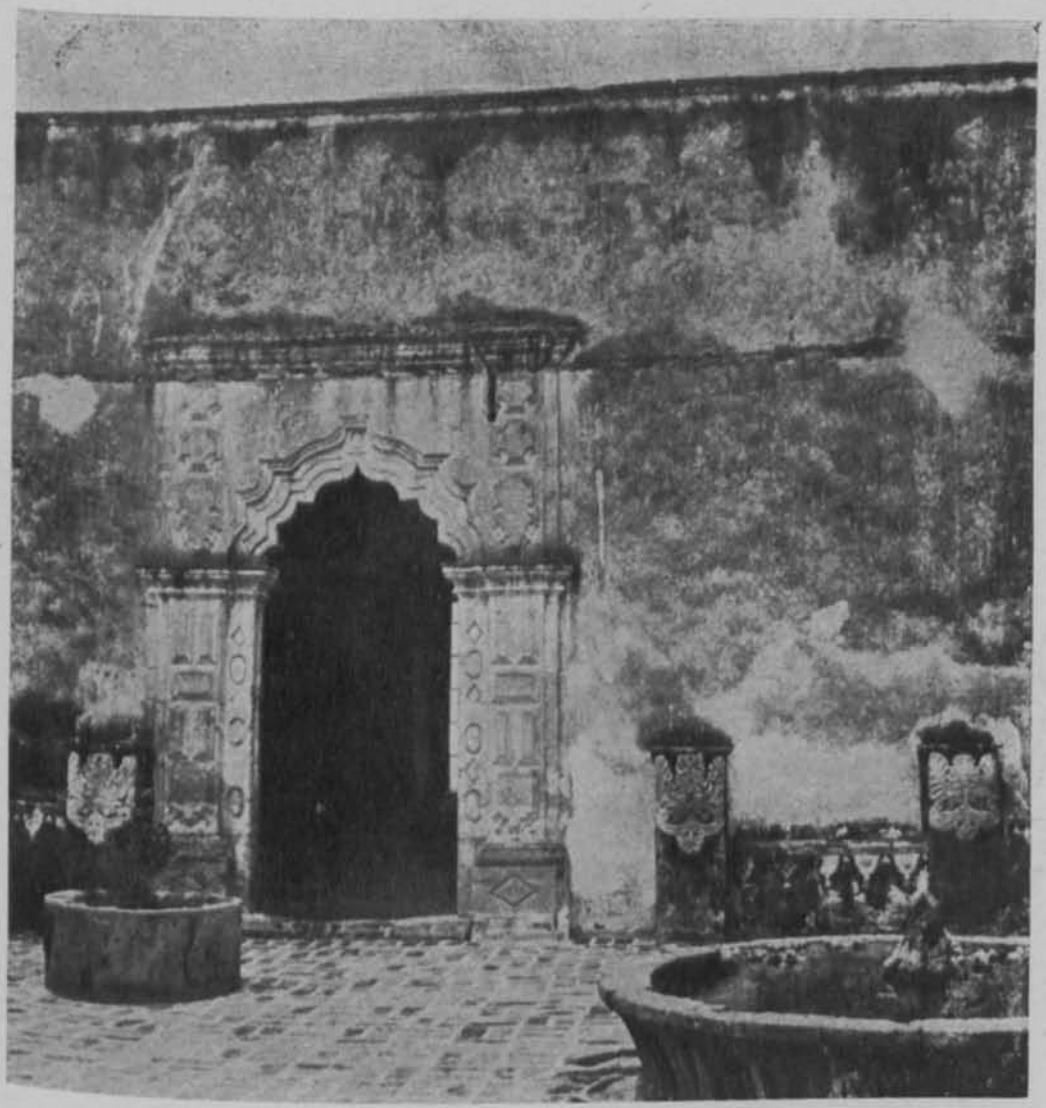
4. Esquina del patio. (Foto M. R. de T.)

5. Angulo suroccidental del patio. (Foto M. R. de T.)

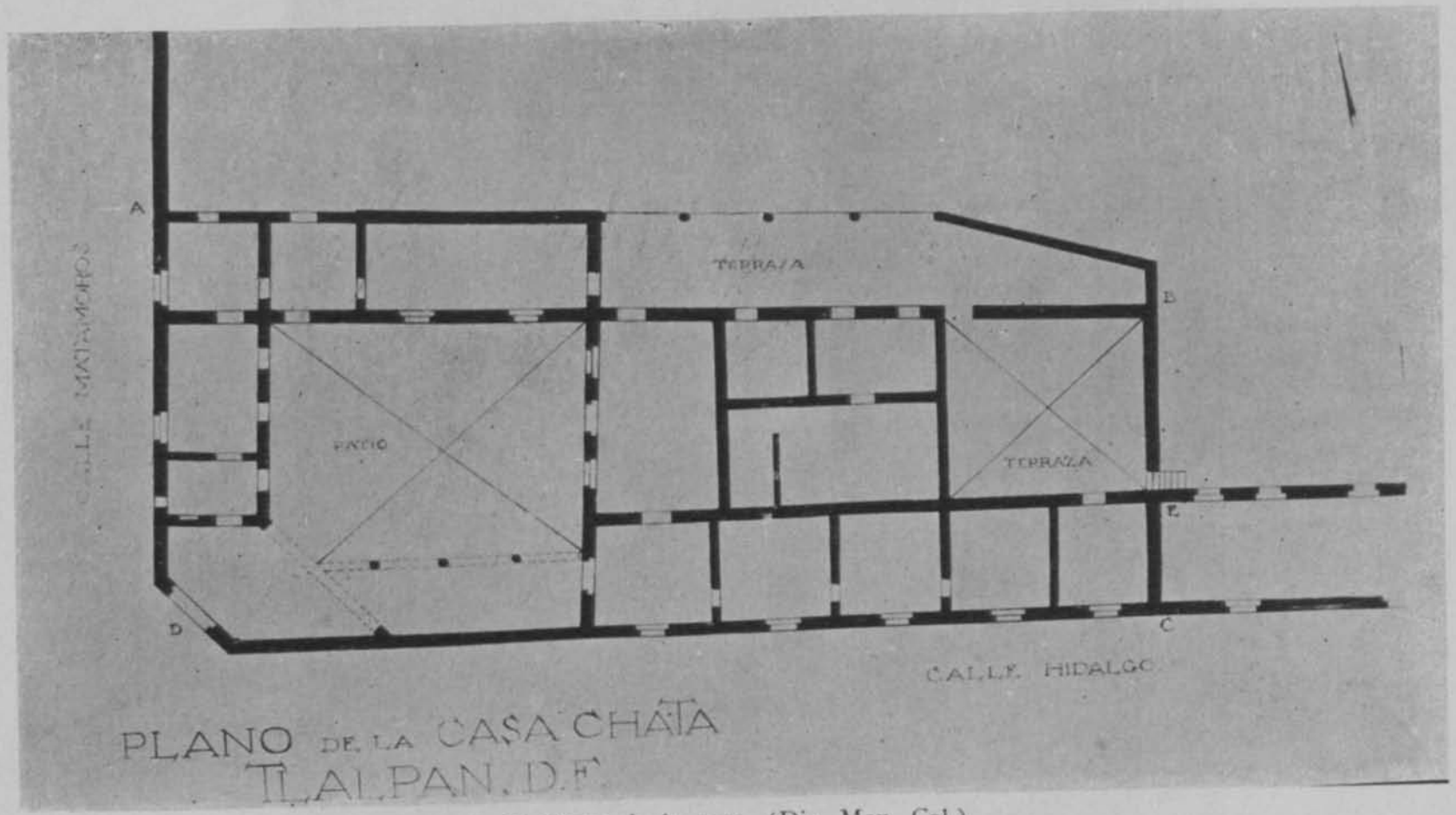
6. Fuente y poyos de la terraza. (Foto M. R. de T.)

7. Adornos en la terraza. (Foto M. R. de T.)

8. Adornos en la terraza. (Foto M. R. de T.)



9. Portada del antiguo oratorio. (Foto M. R. de T.)



10. Plano de la casa. (Dir. Mon. Col.)